

## Entre tenerías y descampados

CARLOS ÁLVARO 25/06/2013

Las fábricas de curtidos, las huertas y el Jardín Botánico dibujan el pasado de esta célebre calle.



AÑOS SESENTA. La calle de Santo Tomás, a la derecha, en una foto de los años sesenta. :: Archivo Municipal de Segovia



Comprendida entre la calle del Roble y el paseo de Conde Sepúlveda, la calle de Santo Tomás adquirió una gran importancia urbana a raíz de la entrada en servicio del ferrocarril, a finales del siglo XIX, pues era la vía que canalizaba el tránsito de diligencias y carruajes entre la plaza del Azoguejo y la estación de ferrocarril, uniendo las calles de San Clemente (Fernández Ladreda) y el Paseo Nuevo. Ya entonces era una calle ancha y descongestionada en la que confluían los arrabales de Santo Tomás, Santa Eulalia y San Millán.

Mariano Sáez y Romero habla de la calle de Santo Tomás en 1918: «En esta calle se

alzan dos hoteles de los que debiera haber muchos en Segovia para estancia de veraneantes, y que tomara la población aspecto y concurrencia que tienen otras colonias y pueblos de la sierra y aun más apartados de ella». Cuando dice 'hoteles' se refiere el abogado y escritor segoviano a dos casas de campo o chalés que había en esta calle -de las cuales se conserva una, rodeada de un extenso jardín, con entrada por Ezequiel González- y también a lo largo del Paseo Nuevo. Y es que, en 1918, hablar de la calle de Santo Tomás era hacerlo de la periferia de Segovia. La vía está hoy poblada por edificios de moderna construcción, pero la huella del pasado vive en ella a través de la iglesia de Santo Tomás Apóstol, que da nombre a la calle, el Jardín Botánico y el recuerdo de las antiguas fábricas de curtidos, que pervive en la nomenclatura de la calle de Curtidores, perpendicular a Santo Tomás.

El templo parroquial, tal y como refiere Sáez y Romero, es «de varios tiempos», pues comenzó a construirse en el siglo XIII, periodo del que quedan el ábside y una de las puertas, y sufrió añadidos y transformaciones posteriores, como prueban los arcos de ladrillo encontrados en sus fachada principal durante una restauración, correspondientes a una época posterior a su transformación. Los altares son de estilo churrigueresco.

Casi enfrente está el acceso principal al histórico Jardín Botánico, legado de la Real Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País, que lo fundó a finales del siglo XVIII como vivero o semillero, en unos terrenos cedidos por el municipio. A comienzos del siglo XIX, el vivero fue convertido en Jardín Botánico, siguiendo la influencia de las ideas ilustradas propias de la centuria anterior. Desaparecida la Económica en 1819, el Jardín Botánico pasó al Ayuntamiento y así ha llegado a nuestros días. La última reforma, acometida en la década de 1990, hizo de este espacio uno de los mejores parques de la ciudad. Pero es imposible hablar de la calle de Santo Tomás y no hacerlo de su pasado fabril. Hasta dos fábricas de curtidos llegó a tener esta vía, a ambos lados, y muchos son los vecinos que aún lo recuerdan.



La industria de los curtidos fue uno de los motores económicos de la Segovia del pasado. En el siglo XVI era la segunda en importancia de la provincia, tras la pañera. Consistía en la transformación de las pieles animales en cueros blandos y suaves y resistentes a la putrefacción. La mayoría de las fábricas de curtidos se alineaban en las márgenes del arroyo Clamores, que cruzaba los arrabales de Santa Eulalia y San Millán. (Muy cerca de la calle de Santo Tomás estaba el ya mencionado puente del Verdugo, que salvaba el riachuelo a la altura de Los Coches). De las cuarenta tenerías o fábricas que Segovia tenía en el siglo XVI, solo tres llegaron al XIX, pues el negocio fue decayendo con el paso del tiempo. Ya en la vigésima centuria, las más conocidas eran la de los hijos de Enrique Redondo y la de Julián Rueda Benito. Precisamente los Rueda tenían su complejo fabril en la calle de Santo Tomás.

A pesar de su importancia como lugar de paso hacia la estación, esta calle no se desarrolló como zona residencial hasta el último tercio del siglo XX, cuando se construyeron las urbanizaciones colindantes al Jardín Botánico. Fue entonces cuando la zona dejó de ser la 'periferia' para convertirse en el 'centro' y los vecinos empezaron a hacer suyo un barrio en el que, hasta entonces, predominaban las huertas de los Marianistas, los corrales para el ganado y los grandes descampados.